

La noción de exilio como clave de la enseñanza de la filosofía

Alexis Chausovsky

El presente trabajo se propone valorar a la noción de exilio en tanto pieza fundamental en la enseñanza de la filosofía. En primer lugar, se partirá de las potencialidades heurísticas contenidas en la categoría de exilio, de acuerdo con su acepción en la obra del filósofo alemán Siegfried Kracauer. Desde allí, se podría considerar a la extraterritorialidad como la condición de quien, como “extranjero para el mundo evocado por las fuentes, se ve enfrentado con la tarea –la tarea del exilio- de penetrar sus apariencias exteriores, de manera que pueda aprender a comprender ese mundo desde adentro” (Kracauer, 2010a: 122). Como un exiliado, como confluencia de pasado y de presente, de lo habitual y de lo novedoso, quien se dedica al estudio de la filosofía simultáneamente se distancia y se aproxima a su derredor. El mundo entorno, en tanto hábitat que a la vez nos acoge y que nos define como extranjeros, sería observado desde el extrañamiento del exiliado, que pone en cuestión la aparente continuidad de la rutina e insta al diálogo con lo desconocido. De esa manera, al encontrarse con lo inédito, quien estudia filosofía se torna ineludiblemente un extraterritorial, que emprende su viaje sin olvidar sus costumbres y simultáneamente está abierto a un intercambio con lo ignorado.

Luego, se procurará ampliar la propuesta inicial, ligando la noción de exilio con la dimensión que se podría considerar como el sitio primigenio de la filosofía. De acuerdo con las palabras de Franco Rella, se puede decir que “la filosofía debe retornar al lugar desde donde ha partido. Este es el lugar del *Unheimliche* freudiano, que no es lo ‘perturbador’, como ha sido traducido este término: es lo ‘desorientante’, o mejor todavía, la ‘expatriación’, la ‘dessituación’ de las habituales reglas de conducta intelectual y cognitiva” (Rella, 2010: 130-131). La desorientación de quien estudia filosofía no equivale a la mera divagación excéntrica, sino al sistemático seguimiento de las pistas que suelen pasar desapercibidas para la mirada distraída, donde los criterios de verdad, justicia y belleza aguardan ocultos.

Posteriormente, se bosquejarán algunos interrogantes para divisar los alcances y los aportes posibles de los planteos desplegados. Cabe advertir, aunque sea a modo de digresión, que el presente escrito se enfoca en el estudio de la filosofía en tanto condición de posibilidad de su enseñanza. Por el momento, deja de lado cualquier reflexión de orden metodológico o atinente a la didáctica específica de la enseñanza de la filosofía.

› *El exilio y el extrañamiento*

La noción de exilio aparece en la obra de Siegfried Kracauer en tanto objeto de reflexión y, a la vez, como rasgo biográfico del filósofo alemán. De acuerdo con Miguel Vedda, los trazos del exilio se advierten inclusive en los escritos que Kracauer produjo de modo anterior a su emigración de la Alemania nazi. La figura del exiliado cobra protagonismo en el célebre informe de Kracauer sobre los empleados de cuello blanco de la Alemania de entreguerras, caracterizándolos como desamparados (influido Kracauer por la expresión de “desamparo trascendental” del joven Lukács), así como en *El ornamento de la masa* y, sobre todo, en su biografía social sobre Jacques Offenbach.

En su libro publicado póstumamente, *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Kracauer destaca a la figura del exiliado,

“que, como persona adulta, ha sido forzado a dejar su país o lo ha dejado por propia voluntad (...) La historia de su vida se ve interrumpida, y su yo ‘natural’ se ve relegado al fondo de su mente. Con seguridad, sus inevitables esfuerzos para estar a la altura de los desafíos de un contexto extraño afectarán su punto de vista, su entera constitución mental (...) El verdadero modo de existencia del exiliado es el del extranjero. De manera que puede ver su existencia anterior con los ojos de alguien ‘que no es de la casa’. Y así como es libre para salir de la cultura que le era propia, es lo suficientemente independiente para introducirse en la mentalidad del pueblo extranjero en cuyo seno está viviendo” (Kracauer, 2010a: 122).

A modo de conjetura, nos atrevemos a sostener que el estudio de la filosofía, en tanto estudio de una disciplina que se ocupa de las cuestiones de validez del conocimiento, de la justicia de las normas y de la belleza del arte, implicaría asumir, por parte de quienes en ella se sumerjan, la posición y la perspectiva del exiliado. Inclusive, la búsqueda de criterios de demarcación, de moralidad o de belleza necesariamente lleva consigo el constante movimiento que le es propio a un exiliado.

El exiliado se torna en un sitio de intersección en el que lo sido y lo por venir, lo conocido y lo desconocido, lo nuevo y lo siempre igual se cruzan y se emplazan hacia direcciones heterogéneas. Así, en el movimiento constante propio del extranjero, en su constitutivo estar entre-medio, la pesquisa por indagar en aquello que se ignora no contiene como pretensión subyacente la consolidación de un saber infalible y sin resquebrajaduras. Por el contrario, el estudio de la filosofía implica la consciencia de falibilidad, el no-saber como experiencia, la susceptibilidad hacia el cuestionamiento ulterior y la desconfianza respecto de cualquier aprehensión que se presuma como una totalidad cerrada.

La aceptación del carácter falible del saber al que se arriba provisoriamente pone un límite a las pretensiones totalizadoras intrínsecas a la razón instrumental y de dominación del objeto estudiado, que Kracauer denomina en su tratado filosófico sobre *La novela policial* y *El ornamento de la masa* específicamente como la *ratio*. Walter Benjamin y Joseph Roth valoran del protagonista de la novela *Ginster*, autobiografía solapada del mismo Kracauer, “su carencia de vínculos, su comportamiento cómico y siempre desplazado, su irreductibilidad innata a los códigos de la racionalidad moderna, su hostilidad congénita e irónica a cualquier forma de nacionalismo” (Traverso en Vedda y Machado: 2010: 45). La extraterritorialidad, que le es inmanente a la figura del exiliado, supone la transgresión de

todo tipo de barrera aparentemente inamovible entre las diferentes disciplinas. Kracauer, en tanto expatriado territorial, disciplinar y lingüístico, insta a traspasar las fronteras entre filosofía, historia y ciencias sociales.

No parece casual que el primer artículo de *Los empleados* se denomine “Territorio desconocido” -y señale que su trabajo es una expedición que conduce a las entrañas de la gran ciudad moderna- o que el trabajo sobre historia se inicie con la escritura de su propósito de buscar la incursión en una *terra incógnita* (Kracauer, 2010b: 52). La extraterritorialidad de Kracauer permite, al menos, un cuestionamiento relevante a la figura impertérrita del investigador que pretende dominar y cuantificar su entorno con fines meramente útiles.

Marginalmente, vale apuntar que la figura del exiliado podría ser considerada como fundamental en la ontología política de Hannah Arendt. La perturbación que acompaña al extraño, al extranjero, al exiliado, corroe la falsa comunidad en la que se esconde la masa distraída (al respecto, léanse los trabajos de Kracauer sobre *La novela policial*, *Los empleados* y *El ornamento de la masa*).

› ***La expatriación y el extrañamiento de las reglas habituales***

Franco Rella sostiene que el acto del exilio se halla próximo al sitio primigenio de la filosofía: el lugar de la des-situación, de la desorientación respecto de lo habitual, de la crítica, la puesta en crisis del conjunto de acciones que por su habitualidad se vuelve aparentemente incuestionable. Precisamente, la filosofía surge en el asombro respecto de un derredor en el cual aquello que *es*, en acto, no es necesariamente aquello que *podría ser*, en potencia. En ese aspecto, la filosofía tiene por designio cuestionar.

Con palabras de Emanuele Coccia, en una cuestión,

“se define una franja de indistinción entre lo que ha sido afirmado de forma explícita y lo que en cambio ha sido callado (voluntariamente o no) pero que habría podido o podría ser dicho. En una cuestión, en efecto, algo es decible en el mismo grado en que no es dicho y es dicho, en el mismo grado en que es simplemente decible; en ella se da coincidencia perfecta entre potencia y acto en el discurso. Es por esto que una lógica de las cuestiones es necesariamente una lógica de lo implícito” (Coccia, 2008: 52).

Al destruir la aparente cristalización de lo dado, de todo lo que se presenta *en acto*, la filosofía genera el espacio para la liberación de las potencialidades habitualmente inobservadas tanto por la mirada distraída y el sentido común como por la desarraigada perspectiva del investigador científico. Precisamente, en el artículo “La Biblia en alemán” –con el cual resquebraja sus vínculos con Rosenzweig y Buber-, Kracauer afirma que “la verdad no brota de lo que es”, dando lugar así para asumir que la verdad sólo reside en la potencialidad.

En su derrotero por hallar la fisura entre aquello que es y aquello que puede o debe ser, quien estudia filosofía –de algún modo- pone singular atención en las grietas del orden establecido. De esa manera, sacude cualquier tentativa o cualquier aparente triunfo inexorable del conformismo que en el estado de cosas dado percibe el único estado de cosas posible. No obstante, la puesta en evidencia de las falencias ajenas y propias redundan –por lo general- en el rechazo generalizado por parte de quienes se contentan en la impasible apreciación de un mundo que no puede ser de otra manera.

El estudio de la filosofía insta, entonces, a incursionar en el pensamiento de aquellos autores que han demostrado que la victoria sobre el acallamiento es posible. Desde ya, la puesta en cuestión del mundo entorno suele tener como consecuencia una casi inquebrantable exclusión. En definitiva, tal como Kracauer señala en su ensayo sobre Kafka, “el cuestionador está condenado a la soledad”. En la tierra del conformismo, todo es “porque sí”; por ello, afirma el autor en el mismo escrito que “lo obvio es la última escapatoria de los que preservan esa vida abyecta, el bastión exterior detrás del cual se atrincheran los que velan por el silencio” (Kracauer, 2009: 86, 87). Así, en “El ornamento de la masa”, el autor advierte igualmente la carencia de rigor de los intelectuales de su derredor:

“El papel que desempeña el ornamento en la *vida social* confirma que es un engendro producido por lo meramente natural. Los intelectuales privilegiados que sin querer reconocerlo son el apéndice del sistema económico o dominante, no han considerado ni una sola vez que el ornamento es el signo de este sistema” (Kracauer, 2008b: 63).

El ornamento, que consolida el resplandor de las superficies de lo dado, se yergue como una instancia que señalaría que el orden existente es el mejor orden posible.

Miguel Vedda, a propósito del libro *Los empleados*, de Kracauer, advierte que la mirada del exiliado, que pone en cuestión aquello que le aparece de improviso en sus múltiples caminos, se relaciona con:

“una experiencia de alienación respecto de lo conocido comparable con la que se proponía provocar el extrañamiento [*Verfremdung*] brechtiano (...) La ya señalada afinidad con el recurso brechtiano permite advertir que el método aplicado por Kracauer en los ensayos anteriores al exilio constituye una original combinación de indagación científica y configuración estética, de sociología y literatura; se trata de contemplar una realidad demasiado conocida y, por eso mismo, ignorada a través de sentidos renovados, a fin de que la automatización de la percepción habitual quede interrumpida y se consiga el despertar de la conciencia” (Vedda en Kracauer, 2008a: 246, 247. Léase también Vedda en Kracauer, 2010b: 12).

Como un film en el cual los primeros planos –expresión de Kracauer en sus libros *Historia y teoría del cine*- nos revelan aquello que habitualmente desdeñamos por nimio y banal, el extrañamiento del exiliado nos muestra el modo de relacionarse con el mundo entorno en el estudio de la filosofía.

El acto de observar el derredor más próximo desde una perspectiva distanciada y el cosmos más lejano desde una posición de cercanía se tiende como el puente por el cual se

comunican el exilio y el estudio. Tanto el exiliado como el estudiante se inmiscuyen por terrenos que desconocen e indagan en ellos rechazando erigirse como una figura con un saber ya adquirido en su conjunto. En estos términos, el exiliado y el estudiante, admiten sus respectivas condiciones de infantes, esto es, de aquellos cuya *in-fantia* –su condición caracterizada por la carencia provisoria y la potencia de habla y de conocimiento- no ha sido aún obliterada. Coccia afirma que,

“para que algo como el estudio sea posible, el conocimiento debe poder darse como potencia y posibilidad independiente y separada de la existencia del sujeto individual y no como su posesión o pertenencia, ni como un saber desde siempre poseído. La posibilidad del estudio es el don que la condición de ser infante concede a la humanidad: sólo en tanto infante el hombre es capaz de estudiar” (Coccia, 2008: 152).

La infancia, así, se torna en condición de posibilidad del estudio, renegando todo propósito de contener un saber completo, inquebrantable e incuestionable. En términos de Kracauer, expresados en el artículo “Los que esperan”, la actitud del sujeto cognoscente ha de ser la de un vacilante “estar abierto” –sin pretensión alguna de dominio- ante lo que el objeto pueda aportar para la construcción del conocimiento.

› **Conclusiones iniciales**

Estas palabras apenas exponen un pequeño ápice de la obra de Kracauer, de las reflexiones posibles sobre el estudio de la filosofía y de los puentes que entre ellas podrían tenderse. Sin embargo, en estas pequeñas glosas, se invita a preguntarse acerca de los modos por los cuales el estudio de la filosofía ha de contribuir con los avatares cotidianos de los seres humanos.

En su extenso artículo sobre Simmel, Kracauer afirma que “uno puede acceder al centro de la esencia humana incluso a través de la más pequeñas de las puertas laterales” (Kracauer, 2009: 138). Luego, ofrece una cita del mismo Simmel en el prefacio a su libro sobre Rembrandt: una tarea esencial de la filosofía es, “partiendo de lo individual inmediato, de lo simplemente dado, sondear la capa de las últimas significaciones espirituales” (Ídem: 156). Desde aquí, entonces, vale interrogarse acerca de las búsquedas habituales del estudio de la filosofía por indagar y poner en crisis las puertas laterales, lo simplemente dado, lo que conforma el párvulo derredor generalmente aceptado.

Bibliografía

- E. Coccia (2008), *Filosofía de la imaginación*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires.
- S. Kracauer (2008a), *Los empleados*, Gedisa, Barcelona
- S. Kracauer (2008b), *La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa I*, Gedisa, Barcelona.
- S. Kracauer (2009), *Construcciones y perspectivas, El ornamento de la masa II*, Gedisa, Barcelona.
- S. Kracauer (2010), *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Las cuarenta, Buenos Aires.
- F. Rella.(2010), *Desde el exilio*, La cebra, Buenos Aires.
- M. Vedda (2011), *La irrealidad de la desesperación. Estudios sobre Siegfried Kracauer y Walter Benjamin*, Gorla, Buenos Aires.
- M. Vedda y E. J. Machado (2010), *Siegfried Kracauer. Un pensador más allá de las fronteras*, Gorla, Buenos Aires.